

acudir al combate, y luego se arrojó al agua el primero y todo el ejército en pos de él. Al ver la intrepidez de Judas y su ejército, y el cumplimiento de la soñada profecía de su general, arrojaron las armas, huyeron y se encerraron en la fuerte ciudad de Carnaim y en el templo que habia en ella. Judas los siguió hasta la ciudad, la tomó á viva fuerza, y quemó el templo y á todos los que estaban en él.

Tambien Judas recoge, como Simon, todos los Judíos que habia en el pais de Galaad y los lleva á Jerusalem.

Disipado este ejército que tanto temor infundió á los enviados de Judas, tomó este la misma resolucion en Galaad, que su hermano Simon en Galilea. Mandó decir á todos los Israelitas que habia en el pais, hombres, mujeres y niños, que viniesen á su lado con cuanto pudiesen traer de sus bienes, para ser conducidos á la Judea escoltados por su ejército. Todos obedecieron á una orden que les traía tantas ventajas, y se reunieron en tanto número, que parecian un ejército en gran manera grande, dice el texto sagrado.

Toma de la fuerte ciudad de Efron.

La marcha se hizo con felicidad hasta Efron. Era esta una ciudad fuerte, situada en la frontera de Galaad, junto al rio Jordán, y no habia paso á la Judea, ni por su derecha ni por su izquierda, sino por el medio de ella. Los Efronitas se encerraron en la ciudad y tapiaron las puertas con piedras. Judas, que desde luego creyó que su ejército les habria atemorizado, les envió mensajeros de paz que les dijese de su parte: Dadnos paso por vuestra tierra para ir á la nuestra, y nadie os molestará: nosotros iremos por ella sin detenernos;

pero no les quisieron abrir. Entonces mandó Judas pregonar en el campo: que cada uno atacase á la ciudad por el sitio en que se hallaba, y luego la embistieron los mas valientes. El combate duró todo el dia y toda la noche; pero al apuntar el dia siguiente fué tomada por asalto. Se rompieron las puertas, se escalaron los muros y luego ocupó la ciudad todo el ejército. Pasó á filo de espada á los hombres, saqueó la ciudad, y la demolió. Todas las tropas y el convoy pasaron por sobre las ruinas y los cadáveres y se dirigieron al Jordán, que vadearon para ir á hacer alto y tomar descanso en el gran campo delante de la ciudad de Betsan.

Siente Judas que los enemigos le obliguen á derramar tanta sangre.

Con sentimiento se portaba Judas de un modo tan sangriento en estas expediciones; pero, además de ocupar estas naciones infieles un pais que habian usurpado á sus padres, no podia esperar jamás reposo con estos impíos, conjurados siempre contra el pueblo de Dios, si no hacia algunos ejemplares de severidad que les contuviesen.

Descansa con su ejército y continua la marcha á Jerusalem, cuidando por sí mismo de los débiles.

Descansaron las tropas á su placer en las llanuras de Betsan todo el tiempo que pareció al general, quien advirtió en este descanso, que el gran convoy de ancianos, mujeres y niños no podia seguir al ejército sino lentamente, y que, si los separaba de las tropas, podrian caer en alguna emboscada que les armasen los muchos enemigos que tenian en la Judea. Tambien juzgó conveniente no dividir su ejército, cuya mitad deberia que-

dar para escoltar esta multitud de débiles, y para evitarlo, le sugirió la gran caridad, que acompañaba á su gran valor, la determinacion de no ocupar por esta vez el frente de las tropas, sino su espalda para unirse con ellos. Se puso á retaguardia, y recogiendo á todos los cansados, les concedia descansos, mandando hacer alto al ejército. Los consolaba con amor y cariño de padre, y los alentaba contra las dificultades del camino, representándoles: que, separados de sus hermanos por tan largo tiempo, no habian experimentado en su ausencia mas que calamidades; y que el Dios de sus padres queria reunirlos á todos en la Judea, para que compusiesen un solo pueblo, le adorasen en un mismo templo, viviesen bajo de unas mismas leyes, y gozasen juntos de unos mismos privilegios. Animados con estos discursos, y enamorados del cariño de su general, se esforzaban á seguir su camino, y no tardaron en llegar á ver la ciudad santa, cuya vista anhelaban con tan ardiente deseo, tanto el ejército como el numeroso pueblo que traía como redimido del país de Galaad. Se dirigieron sin separarse, ni una sola persona, á Jerusalem; entraron trasportados de gozo en el templo del Señor; se postraron en tierra y besaron repetidas veces con toda la efusion de su corazón el pavimento de la casa de Dios. Ofrecieron sacrificios, inmolaron víctimas, y rindieron al Señor las mas entrañables y rendidas gracias, por las señaladas victorias que les habia concedido, por su feliz vuelta á la Judea y porque ninguno habia perecido en tan dilatada marcha y entre tantos enemigos.

José y Azarías son derrotados, porque no pertenecen á la familia guerrera de Matatías.

Queda dicho que, cuando Judas, acompañado de Jonatás y Simon, salió de Jerusalem á defender los hermanos de Galilea y Galaad, entregó á José y Azarías,

capitanes del ejército, las tropas que quedaban en la Judea para que la defendiesen; pero encargándoles estrechamente, que no saliesen á pelear con los gentiles hasta que ellos volviesen. Cuando José y Azarías oyeron los triunfos que conseguían Judas y sus hermanos en Galilea y Galaad, tocados de la vanidad y el orgullo se dijeron uno á otro: Hagamos tambien nosotros célebre nuestro nombre, peleando con las naciones que nos rodean; y luego juntaron las tropas que les habia dejado Judas y fueron contra Jamnia, ciudad marítima de los Filisteos, en la tribu de Dan. Sin duda creyeron hacerse mas célebres, quitando á los enemigos una plaza fuerte que pertenecia á las tribus de Israel. Mas para castigo de estos inobedientes se hallaba en la plaza con buena guarnicion Gorjias, general siro, que habia peleado con Judas. Sabia bien este general que por esta vez no tenia que habérselas con el valor de Judas y sus hermanos, porque estos se hallaban ocupados en las guerras de Galaad y de Galilea, y así nada temió. Sin esperar que las tropas de José y Azarías se acercasen á la ciudad, salió con su guarnicion al encuentro, les acometió, les derrotó, y les fué persiguiendo hasta las fronteras de Judea. José y Azarías perdieron en la batalla y la huida hasta dos mil hombres, y son muchos de sentir, que tambien murieron ellos, porque el ejército se desordenó enteramente, y ni en esta ocasion, ni en otras muy del caso, se vuelve á hablar de ellos. ¡Justo castigo de su temeraria desobediencia! Ellos no quisieron observar el encargo de Judas, creyendo en su orgullo que harian famoso su nombre, y no consiguieron sino la execracion de los huérfanos y las viudas que resultaron en Israel de su derrota. Ellos no consideraron que no descendian de aquel linaje de hombres que habia escogido el Señor para dar la salud á Israel, es decir, del valiente Matatías. Supo Judas esta derrota á su vuelta de Galaad, y le fué tanto mas sensible, cuanto era la primera que habia sufrido el pueblo de Dios desde que se le habia encar-

gado su defensa; pero supo disimular, y no se oyó de su boca la menor queja. Este sufrimiento y grandeza de ánimo en medio de su poder y sus victorias, le hizo mas amable y mas famoso, no solo delante de todo Israel, sino de todas las naciones donde se oía su nombre, dice el sagrado texto; y tanto Israelitas como extranjeros, de todas clases y gentes, se reunieron en Jerusalem, para dar los mas honrosos y entrañables parabienes á Judas, á sus hermanos y á todo el ejército.

Reconquista Judas la Idumea del mediodía.

No se detuvo Judas á gozar de aplausos tan lisonjeros para otro hombre que no fuera tan celoso del bien público; no creyó que le era permitido estarse tranquilo en Jerusalem, mientras que la nacion tuviese enemigos que combatir é intereses que vindicar. Ya hemos dicho que este héroe batió á los Idumeos, los encerró en Acrabatane y los castigó ejemplarmente, mas no pudo entonces detenerse, porque los hijos de Bean exterminaban á los Israelitas y fué preciso correr á librarlos. Es verdad que los Idumeos, intimidados con aquellos primeros y terribles golpes de Judas, cuidaban de no provocarle á la guerra, pero era un deber suyo recobrar el terreno y plazas que tenian usurpadas al pueblo de Israel, y en nada pensaban ellos menos que en esta restitution. El tiempo era muy favorable para estas reconquistas, porque los Griegos no se movian, y solo habia que pelear con los Idumeos, nacion que no podia resistir por mucho tiempo.

Partió, pues, Judas con sus hermanos y ejército de Jerusalem á la Idumea, y hacia la guerra á los hijos de Esaú en la tierra que está hácia el mediodía. Desde luego avanzó hasta Cheron ó Hebron, ciudad célebre en la historia del pueblo de Dios, y capital de todo el pais. La sitió y tomó por asalto, y tambien tomó todas

las ciudades de su dependencia. Derribó y quemó sus muros y todas las torres y castillos que habia en el contorno, y quedó la Idumea de parte del mediodía restituida á Israel.

Hace la guerra á los Filisteos, quema los ídolos y reconquista la capital de Azoto.

Concluida felizmente esta conquista, se dirigió al pais de los Filisteos, que estaba á su izquierda entre poniente y norte. Hizo la guerra á los Azocios que ocupaban una parte de la tierra prometida, y eran de los pueblos mas declarados contra Israel y los mas supersticiosos. Derribó sus altares, quemó sus ídolos, reconquistó sus ciudades, tomó grandes riquezas, particularmente de los templos de los ídolos, y se volvió victorioso á la tierra de Judá.

ANTIÓCO EN PERSIA.

Huye de los habitantes de Elymaida.

Mientras que Judas ponía con tantas y tan bellas acciones la situacion de su nacion en un estado bien diferente de aquel en que la suponía Antióco; este perverso principe, que salió de Antioquia con sus cincuenta mil hombres, recorría las regiones superiores de la Persia y dejaba en la miseria todos los pueblos por donde pasaba. Cuando desolaba aquel pais oyó que habia en él una ciudad nobilísima llamada Elymaida, muy abundante en plata y en oro, y en ella un templo riquísimo; y que en él estaban los velos de oro y las corazas y escudos que habia dejado Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, el primero que habia reinado en la Grecia. No era necesario tanto para encender el fuego de la

avaricia que consumia á Antíoco. Luego marchó con su ejército á Elymáida y buscaba cómo apoderarse de ella para saquearla; pero lo conocieron los que estaban en la ciudad, se armaron contra él y le hicieron huir vergonzosamente.

Sabe la derrota de sus ejércitos en Judea y se desespera.

Lleno de pena y tristeza se retiró de las cercanías de Elymáida, y tomó el camino de Babilonia; mas cuando llegaba á Ecbatana, capital de la Persia, vinieron á decirle : que el ejército que habia dejado á su salida de Antioquía para exterminar á los Judíos, habia sido desbaratado en la Judea : que sus generales Nicanor y Timoteo habian sido derrotados : que el mismo Lisias, regente del reino en su ausencia, habiendo marchado con todas sus fuerzas contra los Judíos, habia sido tambien derrotado y huido hasta Antioquía : que los Judíos se habian hecho mas fuertes en armas y fuerzas con los despojos que habian tomado en las continuas derrotas de sus ejércitos : que habian entrado triunfantes en Jerusalem, derribado el ídolo de Júpiter Olímpico, que él habia colocado sobre el altar de los holocaustos, destruido este altar profanado, y erigido otro nuevo; y en fin, que habian purificado el templo y le habian cercado con altos muros, como estaba antes, y fortificado la ciudad de Betsura.

Protesta exterminar los Judíos, pero Dios le hiere con una llaga interior.

Al oír Antíoco esta relación de desgracias, que él aun no habia imaginado, se estremeció y conmovió en gran manera, y aumentada la cólera que habia concebido contra los Elymáideses, con esta nueva cólera creyó que

podria vengar en los Judíos el ultraje que le habian hecho los de Elymáida, reduciendo á Jerusalem á un monton de cadáveres. Con este cruel designio mandó apresurar su carroza y caminar sin detenerse. No advertia el infeliz que la venganza del Cielo le perseguia por haber dicho en su orgullo : que iria á Jerusalem y la convertiria en un sepulcro de cadáveres de Judíos hacinados unos sobre otros. Apenas habia salido esta amenaza de su boca, cuando el Señor, Dios de Israel, que ve todas las cosas, le hirió con una llaga interior é insanable. Se apoderó de él un cruel dolor de vientre y padecia acerbos tormentos. ¡Justo castigo de un tirano que habia usado suplicios inauditos para atormentar á los hijos de Israel, porque no querian quebrantar la ley de su Dios! Sin embargo, este primer golpe de la mano del Señor no bastó para que se refrenase su cólera. Al contrario, creció con él su furia y no respiraba sino incendios contra el pueblo de Dios, ni se caminaba sino con lentitud respecto á la velocidad que clamaba su venganza.

Corre sin embargo á ejecutarlo, pero cae de la carroza, queda muy maltratado y tiene que parar en las soledades de Persia.

Con el ímpetu que llevaban los caballos, cayó de la carroza, y con el golpe que recibió quedaron muy maltratados sus miembros; y aquel que en su soberbia creía poder mandar á las olas del mar, y poner en balanza las alturas de los montes, humillado ahora hasta la tierra, era llevado en unas andas, dando en sí mismo á todos un manifiesto testimonio del poder del Señor y de la miseria del hombre. El cuerpo de este impío se corrompia y hervia en gusanos. Se desprendian sus carnes en medio de los mas terribles dolores, y era intolerable, hasta al ejército, el hedor que exhalaba. Así que nadie

podía soportar por su hedor intolerable al que juzgaba poco antes que podía tocar en las estrellas. Fué, pues, necesario parar en los montes y soledades de Persia en que se hallaba, y tenderle en una cama de la que no había de levantarse. Allí se juntó á sus acerbos dolores una tristeza que le devoraba, nacida de no haberle salido las cosas como él imaginaba. Repasaba la afrenta con que había tenido que huir de Elymáida y las derrotas y vergonzosas huidas de sus generales en la Judea, y cada uno de estos pensamientos despedazaba su corazón. Sus dolores se aumentaban por momentos y su melancolía era extremada. Derribado de la altura de su soberbia al estado mas penoso y miserable, no podía tolerarse á sí mismo, y en su terrible situación, se le habría visto quitarse la vida si su postración se lo hubiera permitido. Crecía la llaga interior con que el Señor comenzó á herirle, y con ella los dolores mas terribles; y ya no pudo dudar que iba á morir.

Llama á sus amigos y les comunica sus acerbos penas.

Entonces llamó á todos sus amigos, y con voz lánguida y lastimera les dijo: Se ha retirado el sueño de mis ojos: mi corazón se halla sumergido en una tristeza mortal y me siento desfallecer. Amigos míos, ¿en qué olas de amargura me ve hoy sumergido, y en qué horraceas de tristeza me hallo envuelto! Ahora me acuerdo de los males que hice en Jerusalem, de donde robé todos los vasos y piezas de oro y plata y todo el dinero que había en ella, y de que envié mis generales á exterminar sin causa todos los habitantes que había en la Judea. Conozco que por eso han venido sobre mí todos estos males; y ved aquí, mis amigos, que perezo consumido de tristeza en tierra ajena. Me dejé llevar de mi soberbia, y ahora conozco que es de toda justicia que el hombre se sujete á Dios, y que es un atre-

vimiento sin igual que un mortal quiera igualarse al Eterno, saliéndose de su obediencia. Estas fueron las últimas palabras que este rey impío dirigió á sus cortesanos, y que debieran estar grabadas en pedernal, no solo sobre las entradas de los palacios, sino tambien sobre las de todas las casas soberbias, y hasta de las mas humildes. Aquí vemos tambien á Antíoco cumpliendo la profecía del último de aquellos siete hermanos macabeos, sobre los cuales ejecutó tantas crueldades, cuando, dirigiendo este mártir niño su oración al Señor, le suplicaba: que á fuerza de tormentos precisara á su tirano á confesar que su Majestad era su Dueño.

Llama á Dios y no le oye por sus malas disposiciones.

Antíoco, á pesar de la desesperada situación á que se veía reducido, aun no desesperaba del todo. El amor á la vida y el ansia que tenía de borrar su ignominia, y reparar en algun modo su gloria antes de su muerte, le determinaron, por mas impío que fuese, á encaminarse al Señor y dirigirle sus ruegos; pero el Señor veía que estas súplicas y arrepentimiento no nacían de los males que había hecho, sino de los males que sufría; y estas disposiciones no eran á propósito para ganar al Señor, por mas inclinado que sea á usar de misericordia con los penitentes. Antíoco no la pedía con sinceridad y verdad, y no era digno de conseguirla. Quien le oyera y diera crédito á sus palabras, juzgaría que era un hombre humillado en la presencia del Señor, y verdaderamente contrito; pero nada había de eso. ¡Tan parecidas suelen ser las apariencias á la verdad! Ya no era Antíoco, si se le quería creer, aquel furioso que corria á rienda suelta á Jerusalem para destruirla hasta los cimientos, y hacer de ella, segun su expresión feroz, un monte de cadáveres hacinados unos sobre otros. Ya parecía que solo deseaba llegar á ella para darla entera libertad; para con-

cederla : que se gobernase por sus leyes : que eligiese sus magistrados : que profesase su religion : que siguiese sus costumbres ; y que viviese enteramente independiente de los usos de los Sirios.

Sus falsas y ridículas promesas.

Algunos dias , y acaso horas antes , habia protestado que exterminaria todos los Judíos , hasta los mas tiernos niños : que no les concederia sepultura ; y que entregaria sus cadáveres á las aves del cielo y á las bestias de la tierra. Ahora promete : que les hará iguales á los ciudadanos de Atenas , que eran los mas distinguidos de la Grecia : que adornará con preciosísimos dones el templo santo , que antes habia despojado : que multiplicará sus vasos sagrados ; y que suministrará de sus rentas para los gastos de los sacrificios. Sobre todo esto , promete hacerse judío , recorrer todo el mundo y predicar por todas partes el poder de Dios. Mucho prometia Antíoco en esto. Prometia imposibles ; sin embargo , acaso imaginaba cumplir algo ; pero Dios , que veía su corazon , no descubria en él sino sus intereses particulares ; por tanto estas promesas hipócritas no le consiguieron la vida , que era el único motivo porque las hacia. La sentencia del Cielo estaba ya pronunciada sobre este famoso delincuente , y ya se iba á ejecutar en la tierra. Sus dolores no cesaban , y todos sus males crecian en tanto grado , que no dejaban la menor esperanza de vida.

Declara heredero del reino á su hijo Antíoco , menor de edad , y regente á Filipo.

En tal estado hizo llamar á Filipo , su hermano de leche , y el mas íntimo de sus amigos , y le nombró regente del reino. Puso en sus manos su corona , su manto

real y su anillo. Le encargó la crianza de su hijo Antíoco , príncipe de nueve años , y le exigió juramento que le colocaria sobre el trono luego que llegase á la mayor edad , y que le mantendria en él contra todos los pretendientes que intentasen derribarle. El moribundo monarca no podia dejar de recelarse de Demetrio , hijo de su hermano Seleuco , que tenia derechos bastante fundados sobre el reino y se hallaba en edad de hacerlos valer. Juzgaba , y con razon , que los Judíos , escarmentados de su gobierno cruel , temerian hallar en su hijo otro tirano semejante á su padre , y que si Demetrio alcanzase la libertad de salir de Roma , como él mismo lo habia conseguido , le ayudarian á subir sobre el trono con perjuicio de su hijo.

Su carta á los Judíos.

Con este temor se determinó á escribirles en forma de súplica una carta , en la que no puede dejar de percibirse el genio doble y la mala fe de este príncipe , que sabiendo los malos tratamientos que habia usado con la nacion judía , la habla de sus beneficios ; y estando cierto de su próxima muerte , finge tener mucha esperanza de restablecerse. Se manifiesta aun en estado de hacerse temer , y en vez de las persecuciones con que habia atormentado á los Judíos , supone sin vergüenza favores que jamás les habia hecho. Los términos en que fué escrita esta carta son los siguientes : « El rey y príncipe Antíoco á los Judíos , buenos ciudadanos , mucha salud , bienestar y toda prosperidad. Si teneis salud vosotros y vuestros hijos , y todas vuestras cosas suceden segun las deseais , nos congratulamos. Yo , pues , aunque me hallo enfermo , acordándome benignamente de vosotros en esta grave enfermedad que me ha sorprendido cuando volvía de Persia , he creído necesario cuidar de la utilidad comun , no porque desespere de mi salud , antes

confío mucho que saldré de esta enfermedad, sino atendiendo á que mi padre, cuando andaba con su ejército por las provincias altas, declaró quien habia de tener el principado despues de él, para que, si acaeciese alguna desgracia ó viniese alguna mala nueva, no se turbasen los que estaban en las provincias, no sabiendo á quién se habia dejado el mando. Considerando además, que cada uno de los confinantes y vecinos poderosos estan á espera de ocasiones y aguardando coyunturas, he declarado por rey á Antíoco, mi hijo, al que yo, al pasar á los lugares altos de mis reinos, recomendé muchas veces á muchos de vosotros, y le he escrito lo que sigue (esta carta se ha perdido). Por tanto os ruego y pido, que acordándoos de los beneficios que habeis recibido de mí, en comun y en particular, cada uno guarde el vassallaje debido á mí y á mi hijo; porque espero que él se portará con moderacion y humanidad, y que, siguiendo mis intenciones, os dará muestras de su afabilidad.»

Su muerte.

Esta carta artificiosa y llena de mentiras fué lo último de la vida de Antíoco. Murió inmediatamente de haberla firmado, en un país extraño y en la soledad de los montes, el año de ciento cuarenta y nueve del imperio de los Griegos en Asia, y el doce de su reinado. Impío y blasfemo para con Dios, falso y traidor para con sus mas fieles servidores, cruel señor, horrible tirano... tuvo un fin digno de su persona, muriendo podrido en los desiertos, sirviendo de pasto á los gusanos, arrojando un hedor intolerable á todos los que le rodeaban, causando horror á sus mismos amigos, siendo execrado de todo su ejército, aborrecido de todos los buenos, detestado hasta de los malos, y dejando á todo el mundo en su muerte trágica un ejemplo del término fatal en que, por lo comun, vienen á parar la impiedad, la irreligion y la tiranía.

Lisias proclama rey á Antíoco, hijo de Antíoco con el nombre de Eupator, y se declara á si mismo regente.

El impío de quien acabamos de hablar, no merecia ser rey, y no es de admirar que no fuese sentida su muerte, ni se interesase el reino en el cumplimiento de su última voluntad. Filipo, á quien pertenecia la regencia, segun las últimas disposiciones de Antíoco, juzgó que debia conducir á Antioquia su cadáver y tomar al mismo tiempo la tutela del rey jóven y el gobierno del reino; pero Lisias, que habia quedado regente del reino en Antioquia cuando Antíoco salió para la Persia, y que habia criado al nuevo rey desde su infancia y le tenia consigo, supo la muerte de Antíoco y sus últimas disposiciones antes que llegase Filipo con su cadáver, y sin detenerse por ellas, proclamó rey á Antíoco su hijo, dándole por una mentirosa adulacion el nombre de *Eupator*, que quiere decir *nacido de buen padre*, y conservándose la regencia del reino, que le confirmó su pupilo. Nada mas funesto para los Judíos que semejante regente, porque Lisias los aborrecia, principalmente desde que fué batido por ellos en Judea.

Gorjias se arma contra los Judíos.

El primero que trató de hacer la corte al regente á costa de los Judíos fué Gorjias, tan famoso por su habilidad en la guerra, y tan conocido en la Judea por las grandes batallas que habia perdido, peleando con Judas. Mandaba Gorjias en aquella parte de la Idumea que dice al poniente de la Judea, y en las plazas de Palestina que estan sobre la costa del Mediterráneo. Quiso probar fortuna con un héroe, que juzgaba digno de ser su rival, y para hacerlo con superioridad contrajo alianza con los extranjeros. Las pocas ventajas que Gorjias habia

conseguido sobre José y Azarías, cuando estos salieron á pelear contra las órdenes de Judas, le habian envanecido tanto, que se imaginaba invencible. Socorrido de los Filisteos, principió por incomodar á los Judíos convecinos. Le ayudaban en esto los apóstatas, á los cuales los enemigos del pueblo de Dios acogian en su país con mucho gusto, y les confiaban muy buenas plazas, en las que recibian á todos los otros apóstatas que huian de Jerusalem obligados de la presencia de Judas, y desde las cuales salian á perseguir á sus hermanos los Judíos fieles.

Judas sale con sus tropas á campaña, toma muchas plazas y mata no menos que veinte mil enemigos.

Entonces Judas y sus valientes resolvieron salir á campaña y hacer ver á sus vecinos, que el poder de Lisias en el reinado de Eupator no les intimidaba mas que en el de su padre Antioco, ni les detenia, cuando se trataba de defender su religion y su patria. La ruidosa venganza que Dios acababa de tomar de su tirano, era para ellos una nueva prueba de su divina proteccion. Así que el general y su tropa no se preparaban para las expediciones, sino con las mas fervorosas oraciones. Salieron, pues, de Jerusalem, donde habian descansado despues de la toma de Azoto; y Judas, dividiendo su ejército en diferentes cuerpos para caer principalmente sobre las plazas donde estaban los Judíos apóstatas, se hizo dueño de cuantas atacó, á pesar de estos renegados que, como no esperaban cuartel, se defendian á la desesperada. Judas estaba resuelto á no perdonarles, persuadido de que, habiendo sido infieles á su religion, jamás serian fieles á su patria, y murieron en estas expediciones no menos que veinte mil.

Se defienden dos torres, y Judas deja tropas que las tomen para acudir á otro punto amenazado.

Estos primeros golpes hicieron temblar á cuantos enemigos quedaban en la Idumea. En ninguna parte se juzgaban seguros y tomaron el partido de encerrarse en dos torres fuertes. En ellas se atrincheraron, trayendo para su defensa todo género de máquinas. Judas, que fué avisado de estas prevenciones, y que conocia la fortaleza de estas dos plazas, no juzgó que debia ocuparse por sí mismo en un sitio que regularmente seria largo, teniendo cerca de sí otras defensas que hacer mas urgentes. Dejó para tomar las dos plazas á los oficiales Simon, José y Zaqueo con un buen número de tropas, acostumbradas á pelear y vencer bajo de sus órdenes; y él con sus valientes partió á otras peleas que urgian mucho mas que la toma de estas dos plazas. No nos dice el sagrado texto qué peleas eran estas que amenazaban; pero es regular que fuesen algunos movimientos de Gorjias, á quien verémos mas adelante presentarse en batalla.

Defecion de un cuerpo de las tropas que batian las torres, y su castigo.

Entretanto que Judas iba al encuentro de enemigos poderosos, los oficiales que habia dejado para tomar las dos torres, adelantaban los trabajos con energía, pero vino á entorpecerlos una traicion. La gente que comandaba Simon se dejó deslumbrar por el oro, que los principales apóstatas encerrados en gran número en las torres hicieron brillar á sus ojos. Les ofrecieron y entregaron setenta mil didracmas (cuatro millones y novecientos mil reales), y estos soldados infieles les dejaron salir, manejándose con tanto silencio, que nada supo su

comandante hasta despues que habian huido. Dieron inmediatamente aviso á Judas, que aun iba marchando, y juzgó de tanta monta esta prevaricacion de sus tropas, que luego contramarchó y volvió con celeridad al campo de los sitiadores. Convocó á los jefes y principes del pueblo y les hizo presente la gravedad del delito que acababan de cometer las gentes de Simon. Les representó que su delito era de un ejemplo sumamente pernicioso para todos los soldados: que destruia la disciplina militar: que dando salida á sus enemigos, se podia decir, que habian vendido á precio de dinero la vida de sus hermanos y despreciado las leyes de Dios y las órdenes de su general: que por él no tenia interés alguno particular: que les perdonaria desde luego su desobediencia, si no hubieran atropellado mas que sus derechos; pero que el bien de la patria y la gloria y derechos de Dios, que acaso castigaria en todos ellos el delito de unos cuantos, si ellos le dejasen sin castigo, pedian que se hiciese justicia en los delincuentes. La junta de los jefes y principes del pueblo los juzgó reos de muerte, y luego fueron pasados por las armas.

Toma Judas las dos torres y se vuelve á Jerusalem.

El general tomó por su cuenta el ataque de las dos plazas, y entonces se vió lo que puede un solo hombre entregado á la proteccion del Señor, temido de sus enemigos y amado de sus tropas. Acometió á las ciudades y al primer ímpetu las asaltó y se apoderó de ellas, matando en el choque mas de veinte mil hombres. Con este golpe terrible quedaron muy debilitados particularmente los Judíos apóstatas, que eran los que daban siempre mas que hacer al Macabeo, y á los que temia mas por el escándalo que daban á su pueblo. Entretanto el general Gorjias no se presentaba en campaña y se mantenía encerrado con sus gentes en las mejores

plazas de los Filisteos y puertos del Mediterráneo, contentándose con motivar con sus salidas algunas alarmas, cual debió ser la que llamó la atencion de Judas, cuando se separó del ataque de las torres. Lo que no tiene duda es, que Gorjias temia á su contrario y no se hallaba con ánimo bastante para entrar en una batalla. Esperaba que Judas sufriese algun revés en los sitios que emprendia y batallas que daba, pero todo fué en vano. Judas triunfó siempre, y despues de haber castigado á los enemigos que tenia en la Idumea del poniente se volvió á Jerusalem lleno de gloria.

Guerra con Timoteo.— Cinco ángeles pelean por el pueblo de Dios.

Apenas habia llegado á la ciudad y principiado á dar algun descanso á sus tropas, cuando le avisaron que Timoteo venia con un grande ejército que habia levantado de tropas extranjeras y una numerosa caballería que habia juntado en el Asia; y que avanzaba hácia la Judea en ademan de subyugarla. Era este Timoteo el general á quien Judas habia ya antes batido, y Judas cada dia se acostumbraba mas á no asustarse de semejantes nubarrones, porque siempre contaba con la proteccion soberana. Luego reunió sus tropas y en vez de encaminarse al encuentro de Timoteo, que se acercaba, se dirigieron al templo, y echando tierra sobre sus cabezas oraban al Señor, postrados en la grada del altar, para que les fuese favorable y se mostrase enemigo de sus enemigos, y adversario de sus adversarios, como decia la ley. Así preparados salieron del templo y marcharon al encuentro de sus enemigos, y al anochecer se avistaron ya los dos campos. Pasaron la noche al frente uno de otro, y al salir el sol principió la batalla, teniendo los unos al Señor por fiador de la victoria, á mas de su valor; y los otros el ánimo de su general y